

Los baskos en la formación de pueblos en la República Argentina*

(Basques in the formation of villages in the Argentine Republic)

Arozarena, Pedro

[BIBLID \[1136-6534 \(1998\) 11:7-24\]](#)

Narración literaria y poética sobre la epopeya de la colonización vasca en la República Argentina. Pedro Arozarena revela que seis de los nueve fundadores de la villa de Necochea en los años 1880 eran vascos. Fueron vascos los primeros en aventurarse en el desierto, y varios otros coterráneos intervinieron decisivamente en la fundación de los centros urbanos más importantes de las provincias de Buenos Aires, Santa Fé, Entre Ríos, Córdoba, la Pampa y Chubut.

Argentinako Errepublikako euskal kolonizazioaren epopeiari buruzko narrazio literario eta poetikoa. Pedro Arozarenak adierazten duenez, 1880. urteetan Necochea hiria sortu zuten bederatzai pertsonetarik sei euskadunak ziren. Euskaldunak izan ziren, orobat, basamortuan menturatu ziren lehenak, eta beste hainbat herrikidek zenbait probintziatako –Buenos Aires, Santa Fé, Entre Ríos, Córdoba, La Pampa eta Chubut– hirigune garrantzitsuenen sorreran esku hartu zuten modu erabakigarri.

Narration sur le mode littéraire et poétique de l'épopée du peuplement basque en République Argentine. Pedro Arozarena révèle que dans les années 1880, sur les 9 fondateurs de la ville de Necochea, 6 étaient Basques. Ce furent les Basques qui les premiers s'aventurèrent dans le désert; ce furent eux aussi qui jouèrent un grand rôle dans le processus de fondation des centres urbains les plus importants des provinces de Buenos-Aires, de Santa Fé, de Entre Ríos, de Córdoba, de la Pampa et de Chubut.

* Archives Manuel de Ynchausti. Ustaritz.

Raza esforzada la de Euzcalerría. La lingüística nos revela que los baskongados fueron gente de largo andar y que con su habla y sus costumbres jalónaron casi todos los viejos caminos del mundo. Por ello, acaso buscando reposo, asentaron sus reales en los valles de los Pirineos y a la vera del Cantábrico. Pero la inmensidad azul sedujo sus pupilas hechas al infinito; la furia de las galernas tentó sus músculos de acero; el instinto huidizo de los cardúmenes del mar más bravío del globo, desafió su tozudez milenaria, y persiguiendo el bacalao, llegaron a América, antes que los normandos y castellanos.

Cuando el genio de Colón y luego la estupenda audacia de Balboa, revelaron el nuevo continente, y la espada y la cruz ofrecieron a todos los hombres de la tierra las entrañas, las llanuras y las selvas vírgenes de la Atlántida lograda, los baskos, unos por nostalgias de sus andanzas ancestrales, otros porque su energía poderosa rebasaba las lindes humildes del caserío, se adentraron en el fondo mismo de los desiertos, y vencieron el antagonismo de naturales y mestizos, el misterio de la soledad y la infinitud de la extensión, sin otra arma que la mansedumbre cristiana de sus almas, la alegría ingenua de sus canciones y su resistencia sobrehumana para el trabajo.

Y desde un polo hasta el otro, sobre todo en la República Argentina, en las incipientes poblaciones que afloraban en la pampa; en las ciudades, desde el tiempo de la colonia y luego con los nuevos vástagos, en el arte, la ciencia, el derecho y la economía, florecieron nombres éscaros, y completaron la labor encomendada por Dios, plantando ahora hitos en los caminos nuevos del mundo.

Proporcionalmente a la exigüedad de su población, impulsó Baskonia hacia América la corriente humana más numerosa. A la Argentina, por hispánica y pastoril, dirigió su mayor caudal, que se encauzó en las llanuras inconmensurables. En todas las lindes de su territorio, pero sobre todo en la provincia de Buenos Aires, constituyeron núcleos importantes los baskongados. Pastores y colonos en sus vallecitos pirenaicos, donde bastaba para unirlos los hilos sonoros del irrintzi, no los arredró la vastedad de nuestros campos; y durante luengos días y sus noches, envueltos en el poncho criollo, siguieron el caminar incesante de las haciendas, empujadas por los implacables chubascos del pampero. Fue acaso esta circunstancia, dramática para quienes habían apacentado ovejas en menguadas parcelas, recintos circundados por hayas y rocas, la que les convirtió en los geómetras de la pampa, porque sin inmutarse ante aquel infinito de esmeralda, golpeando con denuedo el seno de aquella tierra ingrátida, a flor de labios el zortzico lugareño, con el recuerdo puesto en la madre vieja, respirando el aire de libertad a que estaban acostumbrados sus pulmones, hicieron hoyos en número inverosímil, y plantaron árboles y postes, llenando de caprichosos paralelogramos los campos de la patria nueva; montes y alambrados, reparo y contención, que el progreso necesitaba para gestar en el reposo fecundo, quien sabe qué designios inexcrutables del futuro, a cuyo servicio ponía Dios el corazón y el músculo de la raza antigua.

Y fueron puesteros, dueños de tambos, chacras y estancias; en las ciudades y poblados, comerciantes e industriales, pero con preferencia, hombres de la tierra. Arraigados en ella para siempre, sincera, totalmente, no olvidaron nunca —y siempre sigue siendo su virtud preclara— el acervo cósmico de su tierra, trayendo a la joven nación que les abrió sus brazos no regímenes ni sistemas políticos y sociales sino las cosas humildes, hondas, alegres y buenas de su hogar y de su patria. Y mezclaron su sangre sin prejuicios, sencillos y

bondadosos, con criollos y extranjeros de otros pueblos, formando hermosas familias; y contribuyeron con brazo rudo, voluntad de acero y sagaz intuición, a forjar el progreso de la nueva república.

Ante las inmensas posibilidades que ofrecían sus llanos, mares y montañas, fueron, además, precursores y visionarios. Para comprobar este aserto, no ha menester que acuda a extrañas fuentes el que estas líneas escribe. Aquí, en el partido de Necochea —nombre que honra a un descendiente éskar, brazo derecho del general José de San Martín, primer mariscal del Perú, soldado magnífico, cuya espada floreció rosas de libertad en tres países— dieron pruebas de su vista larga y de su brazo fuerte.

En efecto: poco después de su creación en 1865, los dueños de los contados grandes establecimientos de campo de la zona ostentan estos nombres: Anasagasti, Santamarina, Zubiaurre, Olivera, Arabehety. Cuando el gobierno de la provincia de Buenos Aires resuelve en 1871 que la cabeza del nuevo partido se sitúe 20 leguas tierra adentro, lejos del mar, la obstinación de un hombre se opone, alienta a sus convecinos, vence las dificultades con que lo abruma oligarcas y políticos, sacrifica su fortuna y sufre hasta destierro para que la ciudad de Necochea se levante en la región costera y sea en el futuro no sólo campesina opulenta en el campo, sino también obrera afanosa en el puerto y gran dama en la playa. Aquel hombre era un vástago de Euskadi, don Angel Ignacio Murga, el Fundador. De las nueve firmas que rubrican el acta consagrativa del nacimiento de un pueblo, seis ostentan el mismo cuño: Angel I. Murga, Ventura Murga, Nicanor Duarte, Pedro Etchevarne, Julián Azúa, Pedro Yraola. Cuando de inmediato empezaron a efectuarse los trabajos de amojonamiento de la futura urbe, hubieron de ahuyentarse las ovejas pertenecientes a tres hombres que contemplaban la escena: Vicente Goñi, Francisco Beola, Ignacio Tellechea, tocados todos por la boina prístina.

Demarcados los solares, manzanas y quintas de la ciudad en potencia, surgió el tipo urbano semejante al alambrador en el medio rural: el hornero de ladrillos. Y fueron los primeros Lacunza, Altuna, Elejaga, Razquin y Galpasoro. Y fueron baskos casi todos los que en esta república, antiguos obladores de la piedra, al conjuro del fuego, convirtieron en bloque conciso la tierra pampeana, transfigurándola en pueblos y ciudades, cumpliendo los designios de la misión constructiva de la raza.

En tanto, a la vera del nuevo pueblo, el mar mascullaba su rezongo de abuelo. Un hombre oía su voz eterna, plétórica de promesas: veía en sus brumas, el afluir vario, pintoresco, de características interminables... era un hijo de Euzkadi, don José Abásolo. Construyó un muelle de juguete, diríamos, frente a la constante acción demoledora del oleaje, cuyos restos todavía afloran en el agua, pero Buenos Aires quedó vinculada a toda la zona por la vía marítima. Más tarde los elementos naturales destruyeron los modestos muelles de madera, pero la fe, la obstinación y el entusiasmo de otro basko, don Tomás Bilbao, contribuyeron singularmente a que se convirtieran en las murallas de piedra, que hoy resguardan a uno de los puertos exportadores más importantes de Sudamérica.

Otro hijo de las provincias baskongadas, don Julián Gámez, dos años apenas después de la fundación de Necochea —era en 1883— lleno de confianza en el progreso de la agricultura, inauguraba la primera industria importante: la molinera de trigo. Al poco tiempo su establecimiento proveía de harina a casi toda la campaña de esta vasta zona.

Ya en ese entonces un hombre vagaba por la playa marítima. Las olas eran sus rumorosas interlocutoras; su único consuelo la contemplación de un crepúsculo que en pocos balnearios del mundo se observa: el sol, hundiéndose en el mar.

En realidad, estaba triste; sus convecinos habíanlo abandonado, riendo de sus proyectos. Solo, inmensamente solo en el espíritu, ayudado por un hijo, un niño casi, debiendo elaborar por sí mismo hasta los ladrillos y otros materiales imprescindibles, levanta la primera casa de baños de Necochea. Cuatro años después, ante la afluencia de turistas fue menester ampliar sus dependencias y doblar el número de las clásicas casillas de madera. Alimentando una convicción profunda, la testarudez de don Julián Azúa, el precursor del balneario, el Loco de la Costa, como lo llamaron sus contemporáneos, había triunfado. Cien kilómetros al Norte, otro paisano suyo, don Pedro Luro, plantaba tantos árboles, que el valor del campo no bastaba para pagar su faena. Luego fue uno de los propulsores de Mar del Plata, el gran balneario de América.

Tal fue la acción de los baskos en el partido de Necochea, desde los tiempos de su creación y apenas transcurrido un lustro después de fundarse la ciudad en el ángulo del océano y del río, como lo anhelaron sus pobladores.

Precursores y visionarios, mezclaron su sangre y sus virtudes con las cualidades esenciales de castellanos, italianos, dinamarqueses, franceses y de otros pueblos, contribuyendo a forjar con sus hijos el único, sano y verdadero nacionalismo argentino.

No es presuntuoso alarde lugareño, ni referencia histórica traída sin fundamento, la que acabamos de esbozar. Es esencialmente semejante al de Necochea, la génesis y el proceso formativo de los centros de población importantes de la provincia de Buenos Aires, tales como La Plata, Chascomús, Tandil, Bahía Blanca, Cañuelas, Maipú, Arrecifes, Azul, Ayacucho, Mar del Plata; luego Rosario en Santa Fé, Paraná en Entreríos, Villa María en Córdoba, y la mayor parte de los pueblos de las gobernaciones de La Pampa y el Chubut. En suma, los baskos fueron por lo menos testigos del nacimiento de casi todos los núcleos sociales de esta tierra, siempre en número suficiente para que se los pueda titular, con toda justicia, padrinos de la joven república.

¡Destino ecuménico de la estirpe! No en vano sus vástagos caminaron la tierra y vivieron la historia. Tipos de humanidad por excelencia, fraternales, humildes, constituyeron la primera corriente inmigratoria que se adentró en el desierto, sin miedo, ni desconfianza. Ante su mansedumbre y su alegría de niños grandes y ante la serenidad de un valor sin alarde ni altanería, el hijo de la pampa bajó el arma y tendió la diestra, comprendiendo que estaba en presencia de un hermano, de un hombre del mundo. Porque cuando nuestro gaucho en el período de transición entre su incultura y el progreso, durante un instante fugaz intuyó la tragedia de su destino, y tornose agresivo y peligroso con el extranjero, el único mensaje de paz, de amor y de trabajo, que se atrevió a turbar la soledad de las pampas argentinas fue la canción del basko carretero...

Así, la familia éuscara se asienta, sobre todo, en el campo. Sólidamente unida por los lazos de las creencias y de la moral antiguas; explotando la riqueza primigenia y primor-

dial de la nación, la ganadería; robustecida por la tranquilidad y salud que brinda una naturaleza espléndida, se enraíza profundamente, y luego se extiende en extraordinario vigor a los planos humanos más encumbrados. La mayoría de las familias que actúan activamente en la alta vida social argentina, y una proporción singularmente elevada, en lo que se refiere a la política, la economía, la vida universitaria y profesional, la literatura y el arte, ostentan apellidos de origen éuscaro. Cabe referirse aquí, a una circunstancia prodigiosa en esta parte de América: la persona que en los hogares baskos, impele a los hijos hacia los centros culturales, es casi siempre la *maitea*. A veces libra verdaderas batallas con el padre, que heredó acaso de sus mayores el sentido fatalista del trabajo, y se inclina a la sucesión de labores en la chacra, la estancia o la casa de negocio. ¡Pero Dios habla al futuro por la intuición de las madres! Y es porque ellas saben que la raza que engendran en su vientre tiene una misión que cumplir en la hondura del tiempo, precisamente porque no se cree superior a ninguna y tiene el sentido de la universalidad del hombre, y se adapta, se obla y se difunde en una fraternidad de siglos y de continentes, conservando incólume a través de su largo viaje por el género humano la finalidad ética de su alma eterna e insobornable. Ni los liberticidas de sus leyes viejas, ni los que pretenden ahogar la armonía recia de su lengua milenaria, ni las turbas extrañas que diluyen su materialismo anodino en la tipicidad candorosa de sus valles y montañas, podrán destruir la esenciabilidad de la raza éuscara. Acaso, se nuble momentáneamente su cielo patrio, pero ha de resplandecer de inmediato, porque sus raíces se extienden por casi toda la tierra y se nutren, especialmente, de América.

Para confirmar este aserto, he aquí una de las tantas fiestas que se celebran en ciudades o pueblos de la Argentina, en homenaje a San Ignacio, San Fermín o San Miguel Aralar. Previamente desde la tribuna se ha evocado el acervo histórico y jurídico de Euzkadi; en el teatro se ha estilizado la música, la danza y los símbolos legendarios; y luego, una muchedumbre de hombres, mujeres y niños, vestidos a usanza típica, se vuelcan por calles y plazas, precedida por gigantes y cabezudos, al son de chistus, tamboriles y acordeones, mientras los cohetes atruenan el espacio y una oleada de júbilo invade los espíritus. Y los hombres de las calles, provenientes de todos los linajes de la tierra, que creyeron contemplar un trasplante en masa del pueblo vasco, un espectáculo puramente artístico o una experiencia de televisión, concluyen por sumarse a la gran rueda solidaria, fraterna y candorosa, imagen dulcísima de una humanidad mejor. Y cuando cantan y bailan como niños, piensan que las naciones americanas no sólo necesitan de los brazos fuertes de los hijos de los Pirineos, sino también, sobre todo en esta hora incierta de la historia, de esa juventud perenne, de esa alegría de vivir que es capaz de bailar sobre las ruinas humeantes y cantar en la adversidad, las viejas canciones del amor y la esperanza.

¡Manes de Euscalerria! La llama de la Baskonidad, arde en América. Si un día se apagara en el solar patrio el fuego de vuestras tradiciones —Dios no ha de permitirlo— con su lumbré, vuestros vástagos y retoños irán a encender la vieja lámpara.